

CARTA DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LA PLATA AL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE ENTRE RÍOS

La Plata, 31 de julio de 2003

Señor

Gobernador

de la Provincia de Entre Ríos

Dr. Sergio Montiel.

S / D

Me dirijo a Ud. para hacerle llegar las razones por las cuales creo conveniente vete la ley de Salud Sexual y Reproductiva sancionada por el Poder Legislativo provincial:

1. Aquellas invocadas en el comunicado del Arzobispado de Paraná que Ud. conoce y con las que me siento totalmente identificado.

2. Es claro que la ley tiende, como tantas otras aprobadas en estos días en nuestra Argentina, a controlar el crecimiento de la población como razón principal y de fondo, al tiempo que destruye a la familia al quitarle de su seno la posibilidad de tener hijos y educarlos para bien de la patria.

3. Es el Consejo de Demógrafos creado en 1997 dentro de las Naciones Unidas donde se viene proclamando en numerosos trabajos de los expertos, que lejos de producirse una explosión, se está ante una implosión demográfica. Cada vez hay menos nacimientos y si existe un espejismo de crecimiento de la población es debido a que a lo largo del siglo XX se viene constatando una mayor esperanza de vida. Es así como también la disminución del número de hijos por mujer cae como la ley de la gravedad cuando se comprueba el descenso por debajo del promedio de cinco hijos durante su vida fértil. No se detiene como creían los apóstoles del control a los 2,1 hijos por mujer y no se estabiliza la población con el "crecimiento 0". -¿Qué le está pasando a Europa donde Italia y España, entre otros países, han llegado a 1,1 hijos por mujer? Proponen recurrir a todo tipo de estímulo económico para invertir la curva y no lo consiguen como desde hace varios años lo está intentando Suecia, con formas exageradas de devolver la natalidad al matrimonio y fracasan porque entra el hedonismo en la vida de la sociedad donde nadie quiere sacrificarse para tener hijos. Lo que está ocurriendo en Europa es lo mismo que en el resto del mundo, excepto África subsahariana y los países árabes.

4. Esto nos trae aparejado un desastre económico, como fue ayer en la decadencia del Imperio Romano y hoy en Europa, donde la única excepción de crecimiento económico es Irlanda por las altas tasas de natalidad que ha tenido hasta hace poco y que le permiten tener la mitad de la población debajo de los veinticinco años de edad por el efecto eco. No en vano Jules Simon y Nicholas Eberstadt, su sucesor, han insistido hasta el cansancio en que no hay crecimiento económico sin crecimiento demográfico. A su vez, Jean Pierre Dumont, presidente del Instituto

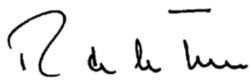
Nacional de Población de Francia, predecía que si las actuales tasas seguían cayendo, Europa desaparecería en el año 2240 y que la humanidad lo haría en el 2400. No en vano, Henry Kissinger, Secretario de Estado de Nixon y de Ford luego del Watergate, proclamaba que la única forma de asegurar la hegemonía americana era evitar el crecimiento del Tercer Mundo, con lo cual estaba asegurado el colapso económico de éste (NSSM 200).

5. Por otra parte ha quedado bien establecido la falacia del neomalthusianismo, ya que entre 1960 y 1992 el aumento de recursos alimenticios en el mundo ha sido de 24 %

"per cápita". Asimismo los aumentos del Producto Bruto Nacional en todos los países estuvieron entre 20 y 40 % a lo largo del siglo XX. Y, por último, ha aumentado la disponibilidad de todos los recursos minerales pese a haberse incrementado su producción.

Con todo respeto espero que su nombre quede en el recuerdo histórico como uno de los pocos que trató de evitar la desaparición de los argentinos, que (según la diferencia entre el resultado del censo 2001 y las expectativas de cinco años antes) hemos perdido un millón de habitantes por haberles impedido nacer.

Sin otro particular lo saludo con la debida consideración a su investidura.



Ricardo de la Torre

Rector de la Universidad Católica de La Plata



FUNDAMENTALISMO: ¿RELIGIOSO O ANTIRRELIGIOSO?

Por Fernando de Estrada

"¿Qué significa el término fundamentalismo? Cualquier movimiento o actitud que manifieste adhesión estricta y literal a un conjunto de principios o valores fundamentales. Un fundamentalista es lo que Eric Hoffer ha llamado un verdadero creyente; por ejemplo, quien ha puesto su fe en un credo, doctrina, dogma, código o ideología aceptados sin reservas ni cuestionamientos. Su compromiso es firme, inflexible y sin vacilaciones. Estos principios son interpretados como absolutos, inmutables y eternos. El sistema de creencias fundamentalistas, por lo menos en teoría si no en la práctica, se emplea como guía en todos los aspectos de la vida y fomenta el desarrollo de una personalidad autoritaria patológica".

Así define a esta palabra de reciente ingreso en el vocabulario político internacional Paul Kurtz, uno de los adalides "antifundamentalistas" y ateístas de Estados Unidos. Free Inquirer, revista que Kurtz dirige y en la cual puede leerse este párrafo, es una de las publicaciones que mantienen encendida una polémica, resonante a principios del siglo XX, aunque ahora con propósitos que presumiblemente trascienden los límites de aquella disputa.

La introducción del darwinismo en los Estados Unidos encontró a las confesiones protestantes con actitudes diversas ante lo que en teología se llama "el mundo". Algunos sectores se mostraban dispuestos a dar como bueno y progresista el achicamiento de la presencia de Dios en los asuntos humanos, mientras otros reaccionaron enérgicamente para defender los fundamentos de su fe. La ortodoxia protestante resumió tales fundamentos en cinco puntos: la inerrancia y exactitud de la Biblia dada su inspiración divina, la divinidad de Jesucristo, Su nacimiento virginal, la Redención por el sacrificio en la Cruz, y la resurrección de los muertos cuando se produzca la segunda venida del Señor.

La campaña de los sostenedores de los cinco puntos tuvo expresión especial en una serie de folletos publicados entre 1910 y 1912 bajo el título genérico de Los Fundamentos: un testimonio de la verdad, lo cual contribuyó a afianzar su designación como "fundamentalistas", más usada sin embargo por sus adversarios para calificar a los conservadores que por estos mismos.

En cierto modo, los fundamentalistas expresaron también otro tipo de reacción orientado contra los cambios en la vida económica de la nación producidos a fines del siglo XIX como consecuencia del poder financiero en detrimento de los intereses del "americano típico": el granjero o el pequeño comerciante. La aparición de las nuevas grandes fortunas contribuyó a la modificación de muchas instituciones tradicionales de la república norteamericana, entre las cuales figuraba la religiosidad colectiva; el encumbramiento de los valores plutocráticos, en efecto favoreció con su materialismo a las actitudes antirreligiosas que se autodenominaron secularistas (cosa bastante excéntrica en un país sin iglesia oficial).

DEL "JUICIO DEL MONO" AL PRIMER MANIFIESTO

Quizás haya sido como un símbolo de esa realidad el llamado "Juicio del mono" ventilado ante los tribunales de Tennessee en 1925; aquel año, en virtud de una ley estatal que prohibía la enseñanza del evolucionismo, en las escuelas públicas, fue procesado el maestro John Scopes por inculcar a sus alumnos que el hombre desciende del mono. Las posiciones se establecieron con relación al

tema controvertido más que con referencia a las responsabilidades penales de Scopes, lo cual explica que la querrela contra el "dómine" la asumiera William Jennings Bryan, figura política de primer relieve.

Bryan había tomado el papel de censor del poder político de la gran fianza de 1896, cuando como candidato presidencial arremetió contra el sistema de patrón oro expresando las protestas de los campesinos norteamericanos y, en general, de la clase media. Si bien su carrera política conoció altibajos, nunca dejó de ser representativo de la reacción contra "el orden nuevo" que iba imponiéndose, y en tal carácter asumió su participación en este caso judicial que culminó con la condena de Scopes.

El indudable tropiezo, no impidió, sin embargo que el proceso de secularización continuara su marcha. En 1933, John Dewey y otros importantes académicos formularon el "Manifiesto humanista", documento clave para comprender las renovadas formas de acción de los antifundamentalistas. "Ha llegado el tiempo de reconocer los cambios que sufren las creencias religiosas en el mundo moderno", estampa el Manifiesto en su comienzo, y continúa: "La ciencia y los cambios económicos han quebrantado a las antiguas creencias. Las religiones del mundo se encuentran en la necesidad de reconciliarse con las nuevas condiciones creadas por el crecimiento del conocimiento y la experiencia. En cada campo de la actividad humana el movimiento vital se dirige a un franco y explícito humanismo".

Llegados a este punto, los autores del Manifiesto se dignan invitar a "las creencias religiosas" a que la palabra "religión" deje de identificarse con "doctrinas y métodos que han perdido su significado y no pueden resolver el problema de la vida humana en el siglo XX", pues "la actual implicación de la comprensión del universo por el hombre, sus logros científicos, y su más profunda apreciación de la fraternidad han creado una situación que requiere nuevas expresiones de los significados y propósitos de la religión. Tal religión, vital, valiente y sincera, capaz de proporcionar objetivos sociales adecuados y satisfacciones personales, puede impresionar a mucha gente como en completa fractura con el pasado. Pero si bien nuestra época debe mucho a las religiones tradicionales, no es menos obvio que cualquier religión que aspire a ser una fuerza dinámica y sintetizadora para el hoy tendrá que adaptarse a las necesidades de este tiempo. Establecer una religión así es la principal necesidad del presente".

¿Y cuáles serían las bases ya que no fundamentos de la nueva religión?

Los autores del Manifiesto las desarrollan en quince principios entre los cuales aparece estas afirmaciones: "Los humanistas religiosos consideran a menudo algo existente por sí mismo y no creado"; "el humanismo cree que el hombre es parte de la naturaleza y que ha emergido de ella como resultado de un proceso continuo"; "la cultura y la civilización religiosas son producto del desarrollo gradual debido a la interacción del hombre con su ambiente natural y su herencia cultural"; "la naturaleza del universo, tal como la describe la ciencia moderna, torna inaceptable cualquier explicación sobrenatural de los calores humanos... la religión debe formular sus esperanzas y proyectos a la luz de métodos y espíritu científicos"; "la distinción entre lo sagrado y lo secular debe concluir "; "en lugar de las antiguas actitudes de adoración y oración, el humanista halla que sus emociones religiosas se expresan en un más elevado sentido de vida personal y en un esfuerzo comunitario para promover el bienestar social"; "algunas instituciones religiosas, sus formas rituales, métodos eclesiásticos y actividades comunitarias deben ser reconstruidos lo más rápidamente posible para que funcionen eficientemente en el mundo moderno".

LA GRAN REVOLUCIÓN

La estrategia "humanista" quedó explicitada con este documento, pero en la práctica venía ejecutándose ya. Tanto es así que cinco años antes el obispo católico Fulton Sheen pudo advertir

desde una postura evidentemente "fundamentalista"- en su libro *Religión sin Dios*: "Hasta nuestra última generación, la religión era tenida como una actitud del hombre en relación con el Ser Supremo, fuente de todas las perfecciones; pero hoy la religión es tenida por una especie de fraternidad del hombre con el universo, o mejor dicho, no es sino ´la fe en la conservación de los valores humanos´. La palabra ´Dios´ es empleada todavía por algunos pensadores, pero se la vacía de todo su contenido y queda desleída y difusa. Se ha destronado a Dios, los cielos han sido abandonados y el hombre ha sido colocado en lugar de Dios, cumpliéndose de este modo la diabólica promesa de que llegaría un día en que vendría a ser ´semejante a Dios´".

Estas largas transcripciones documentan uno de los fenómenos históricos más trascendentes del siglo XX, y que consiste en la revolución moral producida en los Estados Unidos con repercusiones en todos los órdenes de la actividad humana.

Durante la década de 1930 se radicó en Estados Unidos el exiliado ruso Pitirim Sorokin, uno de los más eminentes pensadores que hayan cultivado la ciencia de la sociología. En su país de asilo desarrolló un estudio que tituló *La revolución sexual en los Estados Unidos*, fenómeno al cual califica como mucho más importante que la declaración de la independencia por sus efectos transformadores de la sociedad. Sorokin hubiese sido más exacto hablando de la revolución "humanista", pues allí radicaba el motor que comenzaba a manipular a la sexualidad humana como si ésta fuese una fuerza liberadora en un sentido integral.

¿Por qué el tema del sexo ocupa desde entonces un lugar tan excedido entre las preocupaciones académicas, publicitarias, etc., en vez de vivírsele naturalmente con arreglo a las situaciones individuales de cada persona y a un orden racional de las relaciones sociales?

La respuesta consiste en la llamada "revolución sexual" es, más precisamente el alzamiento de los instintos contra cualquier ordenamiento racional de las relaciones sociales, y de allí su identidad con los movimientos individualistas y contestatarios de todos los matices. Las implicaciones políticas de esta revolución cultural no son sólo consecuencias sino que arraigan en su mismo origen.

"EL CÍRCULO SIECUS" Y EL SEGUNDO MANIFIESTO

La instrumentación del sexo para trastornar a una nación es un fenómeno cuyas etapas actuales pueden ser seguidas en el importante libro de Claire Chambers *The Siecus Circle. A humanist revolution* (Editorial Western Islands, Massachusetts). En el prefacio de esta obra publicada en 1977 el editor advierte sobre los alcances de Siecus, siglas de Sex Information and Education Council of the United States, o sea Consejo de los Estados Unidos para Información y Educación sobre Sexo.

El trabajo de Chambers detalla con minucia el hecho de que las diversas instituciones vinculadas al Siecus conjugan temas como la educación sexual, la promoción de la homosexualidad, el aborto o el control de la natalidad dentro de una concertación para socavar los valores hasta hace poco considerados básicos. Una extensa lista de esas entidades y de personalidades famosas que en algunos casos las integran rinde cuenta de los avances que el humanismo secular lleva hechos en Estados Unidos.

Esos adelantos representan el correlativo retroceso de la religión en la vida norteamericana, y por ende la posibilidad de hablar más claramente al respecto. Se lo observa en el Segundo Manifiesto Humanista, producido en 1973, el cual formula un balance de lo ocurrido en los cuarenta años que lo distancian del primero.

"Como en 1933" se estampa en el Prefacio- "los humanistas seguimos creyendo que el teísmo

tradicional, especialmente la fe en un Dios que escuchara oraciones, que supuestamente amara a los humanos y cuidara de ellos, que atendiera sus plegarias e hiciera algo por ellos, es una fe anticuada y no demostrada. El salvacionismo, basado en sus propias afirmaciones, continúa mostrándose dañino al distraer a la gente con esperanzas falsas de un cielo en el más allá. Las mentalidades razonables intentan otros medios para sobrevivir" ... "Ninguna deidad nos salvará, debemos salvarnos por nosotros mismos".

Desde luego, el Segundo Manifiesto no calla en lo que hace uno de los puntos centrales del humanismo secular; "Creemos que en el área de la sexualidad las actitudes intolerables tan a menudo cultivadas por las religiones ortodoxas y las culturas puritanas reprimen indebidamente la conducta sexual... Las nuevas variedades de exploración sexual no deben ser consideradas en sí mismas ´perversas´".

El programa humanista no limita sus alcances a Estados Unidos, pues, según afirma, "hemos alcanzado un punto crítico de la historia humana en que la mejor opción es trascender los límites de la soberanía racional y llevar hacia delante la construcción de una comunidad mundial en que participen todos los sectores de la familia humana"; "apuntamos al desarrollo de un sistema de derecho mundial y a un orden mundial a base de un gobierno federal transnacional".

Decenas de firmas muy significativas en la cultura y la política mundiales refrendan el Segundo Manifiesto Humanista, como expresión inequívoca de la importancia que asignan a su contenido.

PROGRAMA PARA EL TERCER MUNDO

Nuestro ya conocido Paul Kurtz, redactor del prefacio del Segundo Manifiesto y director del Free Inquiry, dice en su artículo "el desarrollo de la red mundial del fundamentalismo: una respuesta humanista", aparecido en su hoja, que a pesar de los avances técnicos y científicos el cristianismo continúa expandiéndose sobre el planeta. Su preocupación se acentúa al comprobar que el Papa Juan Pablo II ha reactualizado "los dogmas doctrinales", que por su parte también el Islam gana adeptos a la par que se agita contra las tendencias modernistas en su seno, y que asimismo las comunidades judías en Estados Unidos e Israel exhiben peligrosos síntomas de religiosidad intensificada.

Kurtz no precisa desplegar alardes de imaginación para formular su receta contra tales peligros nacidos entre las brumas del fundamentalismo: el argumento de la modernización sigue estando a mano: " Hoy, el mundo entero aprecia el poder de la revolución científica y los frutos de la industria y tecnología. Pero la revolución científica ha languidecido y se plantea la necesidad de impulsarla. En particular, necesitamos desafiar a esas instituciones religiosas que han impedido el pleno desarrollo de la visión y de la ética humanistas... Ese será el imperativo primordial del siglo XXI: necesitamos un humanismo global y cósmico que exprese aproximación a valores revolucionarios. Debemos reconstruir los valores del género humano superando los prejuicios locales, raciales, nacionalistas y religiosos del pasado".

Después del diagnóstico, la terapéutica: "Considero que como punto de partida es importante que nos embarquemos en un intenso esfuerzo educacional en escala internacional, pero especialmente en el tercer mundo: América Latina, África y Asia. No podemos contentarnos con sostener nuestros principios en los quietos claustros de nuestras sociedades sino que debemos introducirnos en los masivos desafíos que se presentan en los países subdesarrollados ".

¿Se apelará también a recursos como los practicados por "Católicos Anónimos", institución publicitada en Free Inquiry? Esta entidad una más en el círculo Siecus- procura adaptar los métodos de Alcohólicos Anónimos para desarraigat lo que consideran vicio peor de la religión.

Recurramos nuevamente a la elocuencia de las transcripciones para juzgar según las fuentes. La presentación del grupo hecha en Free Inquiry especifica que "el propósito de Católicos Anónimos es ofrecer un lugar de encuentro a quienes están profundamente insatisfechos con muchas de las posiciones de la Iglesia. El catolicismo romano tiene muchas exigencias psicológicas, espirituales y sociales para con sus miembros. Los que deciden separarse de él a menudo se sienten culpables y extrañados de sus seres queridos y de sus amigos que permanecen católicos. 'Católicos Anónimos' quiere establecer un foro para la libre discusión de las materias que preocupen a las personas que han roto con el catolicismo, y confía en que les podrá ofrecer oportunidades de encontrarse con otras que hayan sufrido experiencias similares".

El término "fundamentalismo" sigue siendo utilizado por los "humanistas" de Estados Unidos con el mismo sentido local de antaño; es decir, como una forma peyorativa para designar a quienes se consideran socialmente comprometidos a causa de sus convicciones religiosas. Es curiosa la recepción de la palabra en el resto del planeta, y ahora entendida como sinónimo de fanatismo.

En tal sentido está funcionando como un elemento de confusión, sobre todo cuando engloba bajo el mismo rótulo a realidades tan distintas como el chiísmo musulmán o la renovación del hinduismo, fenómenos histórico- religiosos cuya permanencia y acceso a los titulares centrales de la información periodística demuestra que el mundo contemporáneo es mucho más complejo que cuanto quisieran aceptar los partidarios de su unificación inmediata.



La Subjetividad de la Globalización

Por Patricio Randle

Mucha gente, a propósito, de mi libro *Soberanía Global* me ha preguntado a boca de jarro si estaba "a favor o en contra".

Ni a favor ni en contra: sobre. Pero no "por encima" sino yendo al meollo.

Y no como algo abstracto o que nos es ajeno, como algo que nos concierne directamente y respecto de lo cual no es sensato ni exacto responder: "es inevitable" y por lo tanto no interesa matizarlo.

En esto de la globalización hay una fuerte componente subjetiva. Los argentinos hipersensibles sienten que el país está alejado del mundo. La sensación no carece de fundamento; mirando el mapamundi resulta que efectivamente la República Argentina se halla en un extremo de América y ésta, a su vez, desgajada de la gran masa tricontinental que forman Europa, Asia y África. Como nos dijera una vez un francés en París: "L'Argentine là dessous" -allá abajo- apuntando con su mano hacia el piso.

Pero la sensación no es más que eso. Para librarse de algo simétricamente parecido *Patrick Geddes*, un escocés genial, mandó hacer un gran mapa de las islas Británicas invertido, con el norte hacia abajo, a la entrada de su museo propio -The Outlook Tower- de modo que a Escocia no se la siguiese viendo tan lejana.

Los norteamericanos suelen hacer un planisferio en el que el continente americano ocupa la franja central. Este caso, por el contrario, es una respuesta contra el dominio cultural que naturalmente ha ejercido Europa sobre nosotros. Pero no alteran la realidad. Y como quiera que sea, subjetivamente, muchos argentinos piensan que al incluirnos la globalización en un gran complejo estaremos *en* el mundo. Y eso les complace.

Cierto es que el desarrollo de las comunicaciones nos ha "acercado" más al resto del mundo aunque, de todas maneras muchos argentinos se sientan alejados. Pero ¿acaso esto es del todo negativo?

Piénsese en algunas de las ventajas que nos dio la distancia que nos separó de las dos guerras mundiales o de la amenaza nuclear. Pero además téngase en cuenta el hecho de que tenemos la oportunidad de aprovechar que los avances de la tecnología decanten y permitan ver más claramente.

El conocido publicista *Alvin Toffler*, creyéndose un pensador y no un periodista de curiosidades, escribió que los hombres se dividían en dos clases: los que estaban abiertos al cambio y los que se cerraban a él. Todo esto sin mayores precisiones conceptuales tales como qué es el cambio y qué es cerrarse a todo cambio.

Lo cierto es que estas categorías mentales no resisten un análisis riguroso y parecen ser versiones psicologistas *aggiornadas* del marxismo y de su dialéctica. La crítica a la burguesía como una clase conformista que se resistía a cualquier alteración del *statu quo* fue un esquema operativo por su

simpleza, lo mismo que la inclinación por cualquier cambio del proletariado o del anarquismo que ya no tenía más que perder.

Pero de allí a presentar esta antinomia con carácter universal y aplicable a todos los casos en general media un abismo lógico.

La intención es presentar al globalismo como una actitud abierta al cambio y a quien le ponga obstáculos o tenga reservas, como mentalidad "cerrada", retrógrada, oscurantista; todas categorías imprecisas y cargadas de subjetividad.

La verdad es que para dilucidar la cuestión es menester ir a fondo. Esto es, reconocer que para que haya cambio algo debe permanecer y entonces la pregunta sería: ¿qué es más importante, primordial, lo que cambia o lo que permanece? A partir de allí se puede comprender mejor a los hombres que antes de anhelar el cambio prefieren definir lo permanente y, eventualmente, aferrarse a él.

Desde luego, lo permanente no es, no puede ser, una situación coyuntural que otorga ventajas a una clase social sobre otra. Pero el cambio ha de referirse a su relación con lo que no puede o no debe cambiar. Así las cosas la antinomia queda más nítida.

Además habría que agregar que difícilmente haya -en el plano humano- algo que no pueda ni deba cambiar salvo el orden natural. Y al mismo tiempo es impensable querer cambiarlo todo absolutamente pues entonces lo cambiado perdería el sustento que le da su condición de relativo. Y yendo más a nuestro tiempo se podría agregar que lo permanente, las esencias, están oscurecidas habitualmente por lo circunstancial. El hombre contemporáneo necesita recobrar su relación con lo trascendente y, antes que nada, tomar distancia de un mundo vertiginoso en el cual lo que es hoy ya no es mañana.

Hace un tiempo daban en Londres una pieza de teatro con este título: "*Stop the world, I want to get off*". Y se explica. Hasta la farándula experimenta el vértigo de la vida moderna.

Pero, por otro lado, lo progresista aboga por el cambio a ultranza, entre otras cosas por facilitar el cambio de cónyuge mediante el divorcio. Es lo contrario del pensamiento tradicional -incluso pre-cristiano- según el cual el cambio era una forma de traición. Si la tradición es transmisión de valores, no hay duda que el cambio de los mismos implica una rebelión.

Tal vez lo que ocurra, en definitiva, es que hay gente que absorbe la novedad sin ningún espíritu crítico y gente -siempre menos- que antes de adherir a algo nuevo prefiere examinarlo cuidadosamente. Y también ocurre que hay gente que tiene una tabla de valores y la usa para analizar a su luz todo lo que se presenta como positivo. Y otra gente que no tiene ningún sistema -o uno muy flexible- de tal modo que lo reacomoda *a posteriori* según los vientos que soplan.

Después de haber argumentado sobre el tema de la globalización -fundamentalmente tratando de discernir sus varios componentes para hacer una valorización final- hemos hecho un descubrimiento elemental.

A la mayoría de la gente que se acerca al tema no le interesa formular un juicio de valor. Prevalece una actitud ferozmente positivista: "las cosas son así" y es inútil querer cambiarlas.

Si bien se mira, en nuestro libro *Soberanía global* está implícita una actitud definida respecto de valores básicos como el arraigo, la identidad, el realismo y otras que se plasman en el territorio, la

nación, la economía.

Cuando se carece de la sensibilidad y de la percepción de estos valores entonces no es de extrañar que se considere la tendencia a la globalización de las naciones como un hecho neutro, en todo caso materialmente conveniente.

Si la globalización tiene como base esta cosmovisión, no es aventurado predecir que el mundo está en tren de construir una Babel de una sola lengua. O sea que a diferencia de la Babel bíblica en vez de la confusión por la variedad de los idiomas ahora parece caracterizarse por el uso compulsivo de uno sólo; el difundido por los medios masivos de comunicación, el impuesto por la cultura mundial, el que expresa el pensamiento único.

Pero, claro está, cuando puede considerarse este panorama con indiferencia, e incluso con aquiescencia, entonces es inútil pretender hacerse entender por el público en general, por el consumidor de la masa informativa global que devora sin espíritu verdaderamente crítico lo que se les suministra en cantidades apabullantes.

No debe ser casual que la filosofía globalizante hallara terreno tan propicio en un momento de inversión cultural como el presente en que se han roto los puentes con el pasado, con la tradición y las raíces clásicas. Y todavía más, que se haya diluido la dicotomía comunismo vs. mundo libre o marxismo vs. liberalismo. ¿No será que el marxismo se ha travestido y el liberalismo se ha reducido al poder económico?

La inevitabilidad de la historia es una creencia no ya "políticamente" sino "ideológicamente correcta". Se remonta a la esfera de lo pre-político. ¿No circula como moneda corriente la idea de que *el pasado está perimido* como si el futuro -necesariamente ignoto- sea siempre preferible?

Esta es la esencia del pensamiento moderno. Búsquese algo semejante entre los autores clásicos y no se hallará ni siquiera aproximaciones. El sistema de valores que prevalece hoy privilegia lo más grande, lo más rápido, lo más nuevo, el cambio, por esa sola razón. Y en ese orden de cosas se inserta perfectamente la globalización que no es más que la proyección multiplicada en el espacio y en el tiempo de esas supuestas virtudes.

El concepto de "un nuevo orden internacional" -antecedente de la globalización- reposa en la convicción ya arraigada de que la única manera de mejorar es mediante un cambio radical que instaure "lo nuevo", olvidando el consejo clásico de "perfeccionar lo viejo".

Lo único verdaderamente nuevo que ha habido en la historia es la venida de Cristo y de allí que San Pablo hable del "hombre nuevo" como fondo de una conversión. En el orden temporal, lo nuevo es apurar otra manera más de ver las cosas, lo cual no asegura ninguna virtud.

Debe ser por influencia del pensamiento científico -donde prevalece lo necesario- que la mayoría de la gente contempla lo que ocurre en el campo de la cultura con una suerte de fatalismo, como si las cosas no pudieran ser de otro modo del que son, ni siquiera con distintos matices.

Es curioso cómo se ha abierto camino hacia una síntesis confluyente por un lado por el determinismo -según el cual cada fenómeno se explica por otro fenómeno, sin llegar jamás a la causa final- y por el otro el positivismo -la doctrina que se conforma con la observación- de los hechos tal cual son excluyendo toda ulterioridad. O, peor aun, una mezcla de determinismo, en el sentido de que las cosas son fatalmente así, y de positivismo como expresión de conformismo pasivo.

El argumento de la inevitabilidad de la globalización no resiste mucho análisis. Quienes lo suscriben ¿estarían contestes en afirmar que después del Pacto de Versailles era inevitable el surgimiento de *Hitler*? ¿O que, entre nosotros, fue inevitable que triunfara *Perón*? Nada que repose en el libre albedrío del hombre es inevitable.

Otra cosa es afirmar que la voluntad individual es limitada frente a tendencias ya consolidadas. Pero nunca es válido sostener que "no vale la pena" oponerse, no someterse, discrepar con lo que no ofrece garantías de buena lógica y de moral.

Puede discutirse si el mejor método es el más frontal o debe optarse por estrategias indirectas; cada caso ofrece un camino prudencial distinto.

Pero lo que no puede, ni debe aceptarse -menos como didáctica para la juventud- es la actitud de confundir un sano realismo con un cínico positivismo según el cual *las cosas son como son*.

Todo el tema de la globalización está impregnado de esta débil "filosofía" que se niega a filosofar en profundidad y llegar a la esencia de las cosas.

Escribe *Castellani*: "los hombres se distribuyen naturalmente en "polites" e "idiotas"; o sea los que pueden (y quieren) prestar al bien común y los que no quieren o no pueden prestar al bien común ("idiotas" igual privados)". Idiotas vendría de la raíz griega *idios*: singulares, en este caso individuos aislados, individualistas.

En nuestro caso, frente a la globalización, se definen nítidamente dos actitudes diametralmente opuestas: la de quienes la evalúan desde su perspectiva personal y los que se preocupan por el efecto sobre el común de los mortales, sobre el bien común. No ha de ser casual que el auge del globalismo tenga lugar en coincidencia con una decadencia de la política en su sentido más genérico, como preocupación por la polis, la sociedad política, en su conjunto. Y a la vez un auge de la privatización.

De donde resulta contradictorio que haya *soi-disant* políticos que se declaren globalistas, o gobernantes de naciones que en *última ratio* aboguen por la disolución de la nación. O que se complazcan en que la opinión pública y los medios los coloquen en el mismo plano de los magnates que comandan a las poderosas multinacionales; como si entre ellos hubiese algo en común. Si hace falta un ejemplo literal de esto véanse los diarios en ocasión de las conferencias anuales de Davos.

¿Cómo pedirles que calculen siquiera los riesgos de la globalización a quienes no conocen la inquietud por el bien común, el celo por la patria rectamente concebida? Es inútil pretender usar un mismo lenguaje ante quienes difieren de tal modo en su concepción de lo político, gentes que se maravillan por las ventajas personales que puedan obtener antes que el bien común. Gentes que no por casualidad se maravillan del progreso material como si a caballo de él viniese la felicidad de los pueblos, progresistas que desconocen que el verdadero progreso es la perfección de los espíritus.

Es famoso que los marxistas de salón en los países burgueses, cuando se les preguntaba qué iba a pasar con ellos cuando se instaurara el comunismo, respondían: a nosotros nada porque nos van a reconocer nuestros méritos, haber operado como intermediarios.

El *hombre de mentalidad globalista* piensa de modo análogo. Su misión ha sido proverbialmente la de operar como gestores entre su país y los poderosos, entre su gobierno y las multinacionales. Se desentienden de lo que vaya a ocurrir en su país y a sus conciudadanos porque él -intermediario-

está siempre relativamente bien colocado. Es la mentalidad de cola de león contra la cual es casi inútil pretender razonar.

Resulta curioso que se nos haya hablado tanto de la Libertad pues son los liberales quienes están siempre dispuestos a negociarla a cambio del bienestar individual. Desde luego que es una opción posible pero ¿por qué no quitarles el disfraz de progresista?

El concepto de global es moderno -o posmoderno- y lleva en sí algunos gérmenes iniciáticos: o se acepta *in totum* sin razonar o se es hereje.

Para los antiguos era inconcebible. Para ellos el mundo podía reducirse a relaciones de magnitud, medida y figura. De allí que sólo conocieron los números naturales. Los números irracionales - fracciones decimales infinitas como el π no podían ser representados; entraban en el reino de lo oculto, sólo comprensible para iniciados.

Pero además, sólo el cosmos medible era real y sólo dentro de él existía la noción de proporción: números quebrados o fracciones. Todo lo que escapaba a una escala visible y real era inquietante.

De allí que los griegos fueran tan celosos en conservar ciudades dentro de cierta escala: "Una ciudad compuesta por muy pocos no es lo que debiera ser, autosuficiente; pero cuando hay demasiados... no será una ciudad al no poder ser gobernada".

Aristóteles: *Política*, Libro VII, 4.



EL SER NACIONAL

Por Ricardo Aranovich

La preocupación por lo inmediato vuelve difícil dirigir la vista hacia objetivos aparentemente más lejanos pero imprescindibles a la hora de aglutinar voluntades y esperanzas en aras de resolver aun lo más actual y cotidiano.

Aunque la urgencia presente se sitúa en el plano de la economía, si además de lo urgente nos disponemos a ocuparnos de lo importante veremos que sólo hay vacío donde debería estar lo que se suele entender por "ser nacional".

Y ese vacío algo tiene que ver, sin duda, con el desencadenamiento de la catástrofe actual. Es evidente que no sabemos qué somos, cuál modelo de país podría conjugar el esfuerzo común. A falta de un Proyecto Nacional se adoptan recetas dictadas por quienes sí saben lo que quieren, pero cuyos deseos nada tienen que ver con nuestro interés. Uno de los grandes errores de este tiempo ha sido que la economía ocupara el lugar de la política. Para tener un proyecto en lo económico, primero debemos saber algo sobre nuestros objetivos como Nación.

Otro error consiste en buscar ese ser solamente en nuestro pasado. La singular situación de América, donde, a decir de Murena, no se formaron sino "bancos coralíferos de hombres sin nada espiritual en común", hace muy difícil encontrar elementos que tengan eficacia aglutinante.

Un pensador que se ocupó con profundidad de este tema fue José Ortega y Gasset con su conocida definición de Nación como "un proyecto sugestivo de vida en común". Esta definición vale tanto por lo que dice como por lo que no dice, pues obvia conceptos tales como los de historia común, territorialidad, idioma, raza, etc., pues sostiene que estos elementos son, en muchos casos, consecuencia de ese proyecto común, y no su fundamento.

El primero y mayor problema que se presenta al enfocar la cuestión desde esta óptica es que prácticamente ningún país sudamericano puede ser, en su situación actual, "sugestivo" (léase: entusiasmante) como para un proyecto común que despierte la energía de sus habitantes. Pensemos en cualquiera de ellos, que no nombro, pues cualquier enumeración sería antipática, y se verá que carece de viabilidad como proyecto aislado; los que parecen ser excepción lo son sólo aparentemente, pues les falta envergadura cultural como para autosustentarse frente a un mundo en el que tienden a predominar los grandes bloques de países altamente competitivos.

Si en cambio pensamos en Iberoamérica como proyecto común, la sola visión del mapa, del conjunto, produce un cosquilleo de entusiasmo y alegría. ¡Sería viable!

¿Deberíamos, entonces, renunciar al posible proyecto "argentino"? ¡De ninguna manera! Existe una relación entre las partes y el conjunto que, cuando la integración es armónica, exalta tanto al conjunto como a las partes. La Argentina tiene, en un proyecto iberoamericano, un principalísimo rol que puede revertir sobre la actualmente débil autoestima nacional y proporcionar un "argumento" con el cual identificarse. En efecto, el buen nivel cultural del que todavía podemos, con justicia, hacer alarde, puede convertirnos en el motor intelectual, en la fuente de información e ideas del proyecto, así como ser adaptadores e intérpretes de los conocimientos del mundo desarrollado, para ponerlos al alcance de los demás pueblos de Latinoamérica.

Al solo efecto de dar un ejemplo, si realizáramos una profunda reestructuración universitaria (necesaria de todas formas por otros motivos), que permitiera disponer de un generoso régimen de becas para alumnos de estos otros países, ¡cuanto más fácil, teniendo en cuenta aunque más no sea el idioma, sería estudiar en Buenos Aires o en Córdoba para un ecuatoriano o venezolano, que hacerlo en Boston o California o Chicago! ¡Y qué expansión de prestigio e influencia lograría la Argentina con reorganizar un poco sus fuerzas docentes, sin menoscabo económico alguno pues podría lograrse el decidido apoyo de ONGs para programas educativos en el ámbito continental! No creo que sea éste el principal "argumento" sino tan sólo uno de los muchos posibles, que seguramente surgirían de cabezas más ágiles que la del que escribe estas líneas.

El ser nacional resurgiría no de un buceo en el pasado sino del conocimiento de la importancia del rol interamericano. Ser factor de evolución y progreso en el continente, obteniendo reconocimiento y respeto de las naciones hermanas, nos permitirá identificarnos orgullosamente con nuestra nacionalidad y abandonar el pesimismo y la autodescalificación.

Dejo para los economistas diseñar los programas para obtener estos resultados, pero las directivas deben ser políticas. En el momento más amargo del fracaso más necesario es apelar al pensar en grande. Estamos en condiciones de liderar el resurgimiento de Iberoamérica. No tendremos los capitales, pero capitales en el mundo sobran, y concurren por su propio interés allí donde esperan obtener beneficios. Para ello deben encontrar comunidades dispuestas a compartirlos, pero con un proyecto propio que evite la expoliación que termina por empobrecer a todos (Argentina 2002). Latinoamérica no es, seguramente, un mercado tan desdeñable puesto que despierta el interés de las grandes potencias económicas. No debemos dejarnos convencer de nuestra impotencia y debilidad. Somos más de trescientos millones de seres con una comunidad de origen, lengua e historia, y como si esto fuera poco, también de problemas y dificultades.

Es necesario agregar algún párrafo sobre el papel de los EE UU. Sin dejar de admirar sus indiscutibles logros, es, en ciertos sentidos, tan joven, tan americano como nosotros. Posee un enorme poderío económico y militar, pero le falta el "savoir faire" que permitió a Europa mandar en el mundo durante varias centurias. Tampoco goza de un grado de prestigio, aceptación y simpatía acordes con el grado de poder que detenta. Eso crea una situación mundial explosiva, de la que los episodios de septiembre podrían ser el comienzo.

Además, carece de algunas características afines con la sensibilidad latinoamericana imprescindibles para liderar un proyecto que sea "sugestivo" para nuestro subcontinente. Esto no significa ignorar ingenuamente su presencia preponderante como factor económico, pero el ejemplo de lo que ocurre con Chile y el NAFTA parece indicar que se intentan acuerdos con países aislados y no una comunidad que, como diría Mahatma Gandhi, aunque no fuera más que una comunidad de problemas lo sería de **nuestros problemas**.

Al igual que los seres individuales, los países **para ser** deben de **ser-para**; no podremos encontrar nuestro sentido como Nación dentro de nuestras fronteras, sino haciéndonos cargo de nuestra situación y posibilidades continentales. Recordemos que la gesta sanmartiniana -descuidada fuente de autoestima nacional- fue un acto de proyección continental. Algo similar a lo que más al norte emprendió Simón Bolívar. Ambos intentos frustrados por la diplomacia de los ancestros de aquellos ante los que hoy nos humillamos solicitando no sólo una asistencia económica sino, lo que es peor, que sean quienes nos digan lo que debemos ser.



ALGUNOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE NUESTRO SISTEMA TRIBUTARIO

Por: Daniel Jesús Giordano. (Doctor en Administración Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la U.CA.L.P.)

En Atenas, a los efectos impositivos, los ciudadanos estaban clasificados en cuatro categorías. Los que sacaban como frutos quinientas medidas pagaban un talento, los que lograban trescientas medidas contribuían con medio talento, aquellos cuya renta era de doscientas medidas debían portar una sexta parte de talento, y los de la cuarta clase estaban exentos de tributar.

Esta ley ateniense partía de una premisa fundamental: se reconocía un nivel de capacidad económica considerado esencial para la vida digna o sea que su uso era "no discrecional", ya que esa cantidad resultaba indispensable para subsistir. Luego había un nivel de rentas que tenía un componente "no discrecional" y un excedente llamado "útil", en que la imposición no impedía la subsistencia del contribuyente. Después, en un nivel económico superior, se encontraba el área de los consumos superfluos o suntuarios y ahí se observaba el máximo grado de imposición.

De lo comentado surgen antecedentes de los principios de capacidad contributiva, progresividad y personalidad de la tributación, que pasamos a definir.

Capacidad Contributiva: a mayor grado mayor alícuota, o sea que se cumple con la equidad.

Progresividad: tasas más elevadas a superiores rentas; la mayor capacidad hace que se tribute más; como se ve, ambos principios están íntimamente relacionados.

Personalidad: se hacen diferencias entre personas casadas y solteras, con hijos o sin hijos, o sea que aquel que más personas a cargo tiene menos tributa.

Lo manifestado nos demuestra que en la antigua y sabia Atenas se establecieron principios que son fundamentales en el Derecho Tributario Moderno.

La historia nos demuestra que cuando impera la corrupción en el manejo de los impuestos los pueblos que la sufren suelen mostrarse proclives a aceptar el dominio de sus invasores. Muchas conquistas mahometanas se vieron favorecidas por la apuntada circunstancia.

En las antiguas monarquías occidentales existía la costumbre de condonar los impuestos en las provincias que habían pasado por situaciones desfavorables, pero esto implicaba que el resto del territorio se veía recargado con imposiciones muy onerosas. Ello llevó a que en los antiguos presupuestos se reservase una partida de gastos para afrontar circunstancias adversas.

Constituye un dato que los pueblos bárbaros, o sea aquellos que vivían fuera del Imperio Romano, no tributaban por sus tierras ya que no se consideraban ligados a ellas. Se limitaban a habitarlas un año por razones de cultivo y luego las abandonaban, pues eran especialmente " pastores".

Entre los bárbaros germanos conocidos como "francos" existía una institución importantísima y

diferencial consistente en las llamadas "leyes Sálidas". Sálida proviene de sala, que significa "casa". El historiador Tácito refiere que las propiedades de los francos no se tocaban, ya que estaban rodeadas por un pequeño terreno cercado. Este pequeño recinto era la tierra sálida o sea la "tierra de la casa".

Otro aspecto saliente en la normativa sálida era que dichas tierras sólo podían ser heredadas por varones.

Durante la guerra de la reconquista española en la región de Aragón existió el antiguo Reino del Sobrarbe, cuyo nombre deriva de sierra sobre el río Arbe. Cuando los sarracenos invadieron la península Ibérica, un grupo de naturales se refugió en los Pirineos y *pactó* liberar el territorio; de ahí nace la tradición pactista aragonesa y el famoso dicho "antes leyes que reyes", expresados en los Fueros del Sobrarbe cuyo símbolo era el Árbol del mismo nombre, sobre el cual apareció una cruz en forma milagrosa.

Avanzando en la historia, Alfonso II fue el primer rey de Aragón (1165); uno de sus sucesores, Pedro II, fue vencido por los franceses en la Batalla de Muret pero no por ello Aragón fue un reino transpirenaico. En 1247 aparecen los Fueros de Aragón, fundados en los del Sobrarbe, y en 1265 nace el Justicia de Aragón, que hasta nuestros días constituye una peculiar institución aragonesa.

Pedro III (1276-1285) se compromete a través de los "Privilegios Generales" a respetar los fueros, usos y costumbres aragonesas. En 1283 aparecen las Cortes del Reino con incumbencia en materia tributaria y facultades para administrar los mencionados privilegios.

Bajo el largo reinado de Pedro IV (1327-1364) se crea la Diputación de Aragón, órgano con competencia fiscal y luego en la política exterior. Todo se decidía con conocimiento y convencimiento de las Cortes, de lo cual se infiere que el poder del soberano estaba recortado en ciertas materias impositivas. La diputación vio la luz en 1362.

Siguiendo con este somero análisis histórico, en la región catalana en 1214 se originan las Cortes convocadas por el Cardenal Pietro Di Benevento y en 1289 tenemos el primer antecedente de la Generalitat (Generalidades), consistente en la reunión de las Cortes en Monzón con el propósito de tratar temas impositivos.

El origen de la Generalitat obedeció en principio a la necesidad de las Cortes de contar con órganos ejecutivos de sus acuerdos.

Las Cortes de 1358-59 reunidas en Barcelona, Vilafranca y Cervera a causa de la invasión por Castilla originaron grandes gastos y por ese motivo fueron designados doce diputados con atribuciones en materia fiscal, como así también auditores de cuentas para el control de los gravámenes. La administración estaba controlada por un presidente, Berenguer de Cruilles (1359), obispo de Girona, considerado el primer presidente de la Generalitat.

En la reunión de la Cortes en Monzón (1362-63) se creó un impuesto denominado Generalitat (Generalidades). Otro hito importantísimo de esta evolución fue la autorización de las Cortes de Barcelona, Lleida y Tortosa (1364-65) para la emisión de Deuda Pública que debía ser administrada por la Diputación General o Generalitat, cuya residencia quedó fijada en la calle San Honorato de Barcelona, uno de los pocos palacios góticos del viejo mundo que sigue siendo sede de una institución gubernamental desde el siglo XIV.

En 1413 el rey Fernando I dio a la Generalitat forma legal definitiva, convirtiéndose en un

organismo casi desvinculado de las Cortes.

Como se ve, la política foral en la madre patria hacía que se limitase el poder del soberano en materias tales como la tributaria. Y como detalle anecdótico, mencionemos que la designación de los auditores de cuentas es un antecedente de los Tribunales de Cuentas, institución con amplio desarrollo en nuestro país.

Por: Daniel Jesús Giordano. Doctor en Administración Profesor de la Facultad de

Ciencias Económicas de la U.CA.L.P.

